

Casa Generalizia
MISSIONARI MONFORTANI
Viale dei Monfortani, 65
00135 ROMA
ITALIA
Tel. (0039) 06.30.50.203

SG 19-2021
Roma, 19 de marzo de 2021

Carta circular en la Solemnidad de San José esposo de la Bienaventurada Virgen María

**“CONSTRUIR LA FRATERNIDAD MONFORTIANA
EN LA NUEVA NORMALIDAD”**

*Estimados Religiosos Hermanos,
Estimados hermanos todos.*

Con ocasión de la solemnidad de San José, como lo he hecho en los años anteriores, les envío un saludo muy cordial en forma de “carta circular”. Espero que cada uno de ustedes estén bien de salud, felices en la vida comunitaria y entusiastas en la misión, especialmente en este tiempo prolongado de pandemia.

La solemnidad de San José tiene un lugar muy especial en mi vida. A pesar que nuestra parroquia, en São Paulo donde nací, era dedicada a la Virgen María bajo el título “*Nossa Senhora do Retiro*” y su fiesta patronal se celebraba el 15 de agosto, la fiesta de San José era la más concurrida, la mejor preparada. Había en la parroquia la “*Hermandad de San José*”, cuyo objetivo específico era el de “orar por las vocaciones sacerdotales”; mi primera catequista era la responsable, y mi mamá hacía parte de esta hermandad que todos los miércoles se reunía en la iglesia para rezar por las vocaciones. Gracias a esas constantes oraciones, tenemos varios sacerdotes de aquella parroquia, siendo yo uno de ellos. ¡Gracias San José!

Creo que esta carta no trae muchas novedades, sin embargo, quiere ser una invitación a la meditación sobre la “*construcción de la fraternidad monfortiana*” en un tiempo de pasaje de la pandemia para un tiempo nuevo que están llamando de “*nueva normalidad*”. En la Iglesia, nuestra Iglesia católica, este asunto aparece especialmente en los últimos escritos del Papa Francisco, en la encíclica “*Fratelli Tutti*” y en el documento del anuncio del “*Año dedicado a la protección de San José*”. Han sido estos dos documentos y un bonito artículo del padre Giovanni Bigoni, misionero monfortiano en el Perú: “*Construyendo una Comunidad fraterna*”, que me han inspirado a escribir este mensaje a toda la Compañía de María, pero, especialmente a los religiosos Hermanos Monfortianos.

Cuando la realidad nos obliga a reconocer que todos somos hermanos

Imposible leer estos dos documentos del Santo Padre sin recordar a los *Religiosos Hermanos de la Compañía de María*, pues también ellos han sabido mantener el vínculo de la fraternidad con “*sabor a Evangelio*”, como proponía San Francisco de Asís y como nos recuerda el Papa Francisco (*Fratelli Tutti*, 1); incluso cuando eran menospreciados por algunos clérigos. Infelizmente, algunos clérigos eran incapaces de reconocer que lo que nos mantiene en el mismo nivel es que somos todos discípulos de Jesucristo bajo la inspiración de San Luis María de Montfort en la Compañía de María. De hecho, radicalmente, desde nuestros orígenes, así tengamos ministerios diferentes, somos todos hermanos.

El Papa Francisco es un hombre muy atento a la realidad, sensible a las actitudes que pueden ser fuente de alegría, aunque reconoce que existe un gran riesgo en el mundo actual: *“El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien.”* (Evangelii Gaudium, 2).

Son las actitudes que nacen de la *“alegría de evangelizar”* que pueden ser eficaces en la construcción de la fraternidad: *“Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión”. Por consiguiente, un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral. Recobremos y acrecentemos el fervor, “la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas [...] Y ojalá el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo”* (Evangelii Gaudium, 10)

El Papa Francisco es también muy atento a las realidades que provocan dolor y tristeza entre las personas; algunas provocadas por el mismo ser humano, otras provocadas por situaciones inesperadas como *“la pandemia de Covid-19 que dejó, como dice, al descubierto nuestras falsas seguridades”* (Fratelli Tutti, 7). Una de las falsas seguridades no está en el poder político o del dinero, sino en el orgullo que nos puede cegar y en el sentimiento de superioridad en relación a las otras personas. Jesucristo puso en guardia a sus discípulos del riesgo del deseo del poder que aísla la persona y es fuente de conflictos y de mucha tristeza: *“Santiago y Juan ... se acercaron a Jesús y le dijeron: Maestro, queremos que nos concedas lo que te vamos a pedir. Él les dijo: ¿Qué quieren de mí? Ellos respondieron: Concédenos que nos sentemos uno a tu derecha y el otro a tu izquierda cuando estés en tu gloria. ... Cuando los otros diez oyeron esto, se enojaron con Santiago y Juan. Jesús los llamó y les dijo: Como ustedes saben, los que se consideran jefes de las naciones las gobiernan como si fueran sus dueños, y los que tienen algún puesto hacen sentir su poder. Pero no será así entre ustedes. Al contrario, el que quiera ser el más importante entre ustedes, que se haga el servidor de todos; y el que quiera ser el primero, que se haga siervo de todos. Así como el Hijo del Hombre no vino para que lo sirvieran, sino para servir y dar su vida como rescate de una muchedumbre”.* (Mc 10,35-45)

Por ello, el Papa Francisco nos dice de su gran deseo para estos momentos difíciles: *“Anhelo que en esta época que nos toca vivir, reconociendo la dignidad de cada persona humana, podamos hacer renacer entre todos un deseo mundial de hermandad. Entre todos: “He ahí un hermoso secreto para soñar y hacer de nuestra vida una hermosa aventura. Nadie puede pelear la vida aisladamente. [...] Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante. ¿Qué importante es soñar juntos! [...] Solos se corre el riesgo de tener espejismos, en los que ves lo que no hay; los sueños se construyen juntos”... Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos”.* (Fratelli Tutti, 8)

¿Qué debemos esperar que suceda para reconocer que necesitamos los unos de los otros? ¿Por qué las situaciones extremas en la vida, la edad avanzada, las enfermedades, las pandemias u otros tipos de situaciones son necesarias para que comencemos a mirar alrededor nuestro, a darnos cuenta que no estamos solos, a dejarnos ayudar y a ayudar a los demás? ¿Cuándo daremos el paso para ser “fraternos”?

En la escuela de San José

Pienso que fue en las repetidas fiestas de San José en mi parroquia de origen que he tenido por primera vez la sensación que, SÍ, la fraternidad existe. Era tanta gente unida alrededor de una misma finalidad, todos asumiendo responsabilidades específicas y, al mismo tiempo, ayudando a otros a realizar lo suyo. En mi vida, poco a poco, he relacionado aquella experiencia con otras realidades sociales, eclesiales y congregacional.

El año dedicado a la protección de San José y la solemnidad del 19 de marzo me hacen recordar a los religiosos Hermanos porque San José es su patrono. A él me acerco hoy para pedir que proteja a nuestros Hermanos y que, bajo su patrocinio, tengamos nuevos candidatos Religiosos Hermanos en la Compañía de María.

La primera escuela de Jesús de Nazaret ha sido en casa y sus primeros maestros han sido, ciertamente, San José y la Virgen María. Además de lo que sabemos ya de la vida de nuestro santo, el San José de los sueños, el hombre justo, es invocado como protector de las familias. “Sabemos que fue un humilde carpintero (cf. Mt 13,55), desposado con María (cf. Mt 1,18; Lc 1,27); un “hombre justo” (Mt 1,19), siempre dispuesto a hacer la voluntad de Dios manifestada en su ley (cf. Lc 2,22.27.39) y a través de los cuatro sueños que tuvo (cf. Mt 1,20; 2,13.19.22). Después de un largo y duro viaje de Nazaret a Belén, vio nacer al Mesías en un pesebre, porque en otro sitio “no había lugar para ellos” (Lc 2,7). Fue testigo de la adoración de los pastores (cf. Lc 2,8-20) y de los Magos (cf. Mt 2,1-12), que representaban respectivamente el pueblo de Israel y los pueblos paganos.” (Patris Corde, Introducción).

Muy interesantes lo que ha sido publicado en el año de 1982 en la revista *Scripta Theologica* sobre la figura de San José y que nos puede ser útil:

“En el Oratorio de San José, a Montreal, del 14 al 21 de septiembre de 1980 se reunieron varios estudiosos en las diversas ramas de la investigación teológica para elaborar, continuando una tarea que lleva ya 25 años en un programa de conjunto, la historia de la devoción y la teología de San José.

Pero, la parte central del Simposio la ocupó el estudio del fenómeno extraordinario de la propagación de la devoción a San José en el siglo XVII. Esta devoción, como se sabe, fue fomentada principalmente por las dos ramas de los carmelitas, a quienes se unieron otras congregaciones religiosas - jesuitas, franciscanos, capuchinos, teatinos, cistercienses - por toda Europa y América. En esta difusión influyó sin duda la devoción popular, con sus propias manifestaciones: prácticas piadosas (prácticas de las “coronas”, de los “dolores y gozos”, celebraciones de fiestas con la ostentación propia del barroco), y la fundación de muchas cofradías, con su doble vertiente de difusión del culto y beneficencia entre los cofrades y hacia los demás. Pero, por debajo de la devoción popular, robustece este culto una predicación encomiástica de notable base teológica y la formación de una literatura sobre temas josefinos cada vez más sólidamente fundamentada.

Vale también la pena recordar que, como conclusión del III Simposio Internacional de San José, se leyeron los siguientes deseos y propósitos, fruto de estas reuniones de estudio: *pedir a la Santa Sede que se restituya, en los libros litúrgicos, a San José el título que ya tuvo de Patrono de la Iglesia Universal, y que su mención dentro de la Santa Misa no se reserve sólo a la anáfora primera o Canon Romano, sino se extienda a todas las anáforas aprobadas del Nuevo Misal Romano*. Es necesario seguir estudiando, en la línea especulativa marcada por el Concilio Vaticano II, la figura de San José en el cuadro del Misterio de Cristo y de su Iglesia, para fundamentar y sostener seriamente la devoción popular al Santo Patriarca, sin olvidar que, para hacerlo, es necesario tener en cuenta precisamente las manifestaciones de esa religiosidad

popular (fiestas y prácticas devocionales, cofradías, literatura, iconografía...). (Revista *Scripta Theologica* 14 - 1982)

Es justamente en el contexto de la celebración de los 150 años del aniversario de la declaración de *San José como Patrono de la Iglesia Universal* que Papa Francisco, en la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, el 08 de diciembre de 2020, escribió la Carta Apostólica *Patris Corde*. ¡Cuánta alegría en el corazón de muchos cristianos devotos de San José!

Los aspectos de la vida y de la vocación de San José que son tratados por el Papa Francisco nos hacen aumentar la admiración y la devoción por el santo. Considerando que el asunto principal de esta carta es la “*fraternidad monfortiana*”, comparto con ustedes algunos pensamientos a partir del tema “*Padre en la acogida*”, presente en la mencionada Carta Apostólica.

Como San José, un religioso monfortiano debería ser un especialista en el arte de la acogida fraterna. Claro está que, cuando hemos “acogido” la vocación a la vida consagrada monfortiana, como camino para alcanzar la santidad, hemos asumido el estilo de vida comunitaria como parte integrante de nuestro carisma y espiritualidad.

La comunidad fraterna tiene que ser el lugar del encuentro, de la oración, de la escucha y, en los momentos más difíciles de la vida, cuando complicadas circunstancias históricas nos caen encima, la comunidad debe ser el hogar donde se puede contar con un abrazo amigo y unas palabras que nos levanten el ánimo y la esperanza.

La comunidad, con sus gestos y palabras, nos ayuda a recordar la experiencia de vida de San José, la vivencia de la espiritualidad de la acogida. A propósito de ello, el Papa Francisco dice:

“Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia... La vida espiritual de José no nos muestra una vía que explica, sino una vía que acoge.” (Patris Corde, 4)

En la “*escuela de San José*”, el religioso monfortiano aprende a mantener la valentía y la esperanza en los momentos donde todo parece imposible:

“José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo... Como Dios dijo a nuestro santo: «José, hijo de David, no temas» (Mt 1,20), parece repetirnos también a nosotros: “¡No tengan miedo!”. Tenemos que dejar de lado nuestra ira y decepción, y hacer espacio —sin ninguna resignación mundana y con una fortaleza llena de esperanza— a lo que no hemos elegido, pero está allí. Acoger la vida de esta manera nos introduce en un significado oculto. La vida de cada uno de nosotros puede comenzar de nuevo milagrosamente, si encontramos la valentía para vivirla según lo que nos dice el Evangelio. Y no importa si ahora todo parece haber tomado un rumbo equivocado y si algunas cuestiones son irreversibles. Dios puede hacer que las flores broten entre las rocas. Aun cuando nuestra conciencia nos reprocha algo, Él «es más grande que nuestra conciencia y lo sabe todo» (1 Jn 3,20)”. (Patris Corde, 4)

En la “*escuela de San José*”, el religioso monfortiano aprende que nadie puede ser excluido, especialmente los más vulnerables :

“La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cf. 1 Co 1,27), es “padre de los huérfanos y defensor de las viudas” (Sal 68,6) y nos ordena amar al extranjero. Deseo imaginar que Jesús tomó de las actitudes de José el ejemplo para la parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso (cf. Lc 15,11-32).” (Patris Corde, 4)

La vida fraterna solo es posible si es comunión de santos y pecadores

Me parece tan oportuna la reflexión del padre Giovanni Bigoni que, después de haberlo consultado, comparto con ustedes casi en su totalidad.

“El libro de Padre Amadeo Cencini - *La vida fraterna* - nos ofrece unas reflexiones que nos puede ayudar y me parece importante compartir. Él escribe que la vida fraterna es el primer espacio para la renovación de la vida consagrada: *La comunidad es el lugar estratégico, camino y corazón de esta renovación*. Nadie se salva solo, ni se santifica solo. Así como una persona sola no puede engendrar, la renovación de la vida religiosa solo podrá ser fruto de una obra comunitaria.

La vida consagrada se salva solo tomando en serio las raíces y condiciones que hacen posible la comunión. Entre tantas indicaciones a considerar, me gusta la siguiente: Una comunidad renovada es la que aprende y enseña a compartir en ella, la fe y la oración. Se trata de “compartir” como estilo de vida que lleva la comunidad a proyectarse siempre a la luz del evangelio y del carisma. Al comienzo, al final y en el corazón de toda comunión fraterna está siempre la comunión con Dios. Este es nuestro primer compromiso.

Vivir con personas que no he elegido, aceptar totalmente la realidad del otro, no es algo espontáneo, solo puede ser fruto de la experiencia de ser aceptado plenamente y totalmente por Dios. Es la experiencia personal de diálogo constante con Dios que abre a la comunión con el hermano. La vida fraterna solo es posible si es comunión de santos y pecadores, pero ésta solo puede nacer de la comunión con el Dios santo y rico en misericordia, lo que significa un camino de conversión que nace de la conciencia del propio pecado y de la experiencia de la ternura de Dios.

La fuerza del carisma

Pero en el cimiento de todo proyecto común de consagración hay un llamado de Dios idéntico para todos porque está en referencia a un mismo carisma y se orienta a un mismo modo de ser, de orar, de vivir la fraternidad, de hacer apostolado, incluso hacia la misma identidad y un mismo proyecto de santidad.

La comunidad religiosa es la sede y el ambiente natural del proceso de crecimiento de todos donde cada uno es responsable del crecimiento del otro. El carisma es una forma calificada de santificarse juntos. Es el itinerario que la Providencia de Dios ha trazado para mí, es mi modo de realizarme en la santidad.

¿Que nos dice Montfort?

Montfort quería una compañía pequeña y pobre, misioneros “*liberos*”, verdaderos hijos de María. Nos ofrece una espiritualidad, un camino particular de santidad que es el corazón de nuestra vida monfortiana. Un carisma que ofrece caminos para construir juntos proyecto de santidad. Somos llamados a profundizar, vivir, compartir estos caminos. Este es nuestra vocación, nuestra primera tarea, fuerza de nuestra misión. La fraternidad es el espíritu de la compañía y su origen es la comunión trinitaria.

Es bonito encontrarse con un santo, pero lo es todavía más encontrarse con una comunidad de santos, de hermanos que viven juntos y tratan de santificarse juntos, proponiendo a todos un modelo común e imitable de santidad.

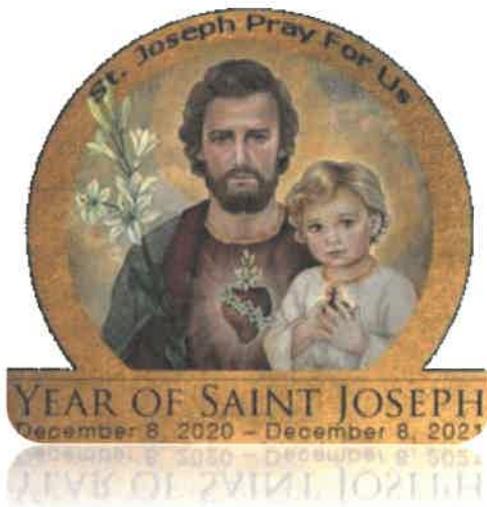
La Eucaristía que celebramos cada día nos hace un solo cuerpo en Cristo y nos fortalece para ser pan partido para los hermanos y el mundo hambriento. Que el empeño de la comunión

fraterna nos disponga cada día a celebrar y renovar en Cristo nuestra entrega a los hermanos con la ayuda de María.”

Muchas gracias a p. Giovanni por tan actual, necesaria y bella reflexión sobre el tema de la comunidad fraterna.

Oración del Papa Francisco a San José al final de la Carta Apostólica

Acudamos a la protección de San José; pidamos a él por todos los miembros de la familia monfortiana, especialmente por los Religiosos Hermanos y en particular por los que estén enfermos. Pidamos por los jóvenes sacerdotes monfortianos que viven alguna crisis, especialmente por aquellos que sufren al comprobar la escasa coherencia de vida de los religiosos más viejos y por ello dudan de su identidad monfortiana.



*Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.*

*Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal.
Amén.*



**P. Luiz Augusto STEFANI, SMM
Superior General**